



EL CAFÉ.

SEMANARIO PINTORESCO DE BARCELONA.

PRECIOS.	En Barcelona.	En Provincias
Seis meses.	19 rs.	24 rs.
Tres meses.	10 rs.	15 rs.
Un mes.	4 rs.	

ANUNCIOS á 8 maravedises linea los no suscritos, y á 4 maravedises los suscritores. Remitidos de interés particular, á precios convencionales. Remitidos de general interés, gratis.

Se suscribe en Barcelona en la Imprenta de La Publicidad, bajada de la Cárcel, n. 6; y en las librerías de Manero, y Popular-económica, Rambla de santa Mónica; Ginesta, Jaime I.º, Papelería de Sala Hermanos, calle de la Union; Litografía de Vazquez, Rambla del Centro, y en las principales librerías del Reino. Redaccion y Administracion, en la misma imprenta.

SUMARIO.

TEXTO: Las lágrimas, por D.ª Isabel de Villamartin. — Los Bosques, traducido del alemán por Juan Font y Guitart. — ¡Al Rif nos vamos!, por J. A. Ferrer Fernandez. — El Vestidico blanco, por Teodoro de Mena. — Epigramas, por Alejandro Buchaca y Freire. — Una maldicion. — Crónica general. — Miscelánea. — Charada, por Nilo.
ILUSTRACION: Caricaturas, por José Pellicer.

LAS LÁGRIMAS.

Sentimiento y dolor las elaboran;
nacen del corazon ensangrentadas,
y al salir por los ojos que las lloran,
se convierten en perlas liquidadas.

Malvado corazon al llanto es muerto;
las espinas del mal solo retoña:
no busqueis gotas de agua en el desierto:
¿qué hallareis en las vívoras? Ponzofia.

JUAN AROLAS.

Hay momentos tan amargos en nuestra vida que los vemos pasar ante nosotros como un siglo de devoradores tormentos; en esos instantes el corazon se anega en lágrimas; y al buscarlas hirvientes, salidas por los ojos, dejan una candente huella en la pálida mejilla. Esta huella no se borra jamás; es el sello que marca la tristeza en nuestras facciones; tristeza que un placer no basta á disipar: ¿hay placer por grande que sea que pueda compensar una hora de dolor pasada en el mas completo aislamiento? ¡ay! ninguno. El placer se desvanece á la primera luz de un nuevo dia, y se ahoga su recuerdo entre esas mil sensaciones que el mundo nos presenta palpitantes; mientras que el dolor, girando siempre sobre sí mismo, imprime un indeleble recuerdo en el alma combati-

da, y es en vano que nos arrojemos en brazos del olvido para extinguir nuestra pena; porque nuestros esfuerzos solo producirán lágrimas.

¡Cuánto se llora en el mundo, ¡Dios mio! Nuestro corazon arrastra siempre un sudario de llanto, nunca podemos dormir en el recuerdo de ayer, porque nos despierta el mañana. Presente y porvenir, todo lo confundimos, hasta que vemos aproximarse la esperanza con una aureola de ilusiones, iluminando con sus rayos ese piélago de dudas que enjendra el sufrimiento, y mostrándonos placentera una senda de inmarcesible gloria, que se ha de atravesar tambien con lágrimas, encontrando empero al fin una brillante recompensa.

Cuando el sol de la juventud no habia aun dorado mi frente, corria alegre por la pradera en busca de flores ó de pintadas mariposas: cada dia, llena de contento, cogia un hermoso ramo y se lo presentaba á mi tierna y dulce madre, que lo recibia siempre con lágrimas, contemplándome con fijeza al través de ellas, y besando con amor mi blanca frente. ¿Por qué lloraba? ¿por qué las recibia gimiendo? ¿era acaso que adivinaba, con ese instinto que Dios ha puesto en el corazon de una madre, lo que su inocente hija tendria que sufrir mas tarde? ¿ó presentía tal vez, que muy luego tendria que dejarme triste y sola en el mar proceloso de la vida, como la flor del desierto que baten los huracanes? ¡ay! nunca pude adivinarlo. Besaba cariñosamente sus blancas manos, y me alejaba de su lado. Sentia que mi corazon latia de un modo extraño; que mi idea se fijaba, pugnando por romper las tinieblas de la infancia. Entonces lloraba, mas no sabia por qué; tendia la vista á mi alrededor; y veia otros seres que tambien lloraban, y creia que todos sentian lo que yo sentía. Ese pensamiento me consolaba, y volvía á mis juegos infantiles.

¡Hermosa edad! ¡santa inocencia! su perfume es la

pureza, y envuelto en el aroma de la blanca azucena, emblema de su candor, suben ambos hasta el cielo á incensar el trono de Dios, Señor y dueño de la eternidad, que ha escrito el destino de los mortales, en las brillantes estrellas que adornan el firmamento.

Un día vi alejarse los días de mi infancia rápidamente, para no volver jamás: fueron á dar risueña vida á otra flor, cándida y naciente. Me encontré recostada en el seno de mi tierna madre, que iba á conducirme por el camino de mi juventud, mostrándome las flores y los abrojos, y enseñándome á acoger el bien y á desechar el mal. Alhagada por sus santos consejos, y por las mas bellas ilusiones, en su seno me dormí. Al despertar.... ¡ay de mí! me encontré sola!.... Había desaparecido del mundo, sin darme el beso de despedida, el adios postrero. Un raudal de lágrimas brotó de mis ojos, amargo, desgarrador; no me quedó de ella mas que un profundo é indeleble recuerdo: Dios me presentó su imagen dulce y tranquila, pero lejana. En un momento de delirio, la llamé, tendiendo los brazos para estrechar su sombra; mas me encontré con el implacable vacío, y todavía la ví mas lejana. Al alumbrar un nuevo día las tinieblas de mi dolorosa locura, creí que el mundo participaría de mi dolor, llorando como yo lloraba; ¡pobre de mí! no sabia que el mundo no toma parte en los sufrimientos ajenos, porque su frio egoísmo se lo impide: solo vi gotas de llanto en los pétalos de las hermosas flores.

Las gotas de rocío son las lágrimas de los ángeles que Dios envía á la tierra cuando aun la enlutan las sombras para que contemplen las flaquezas del mundo, obra de sus poderosas manos; y ellos al ver tanto corazón sin fé, y tanta alma gastada, lloran sus miserias y depositan sus lágrimas en el seno de las flores. Aproximé á mis labios ese néctar celestial, besé las flores, absorví su rocío, y bebí con anhelo la triste resignación.

Mas tarde mi dolor halló treguas, y quise fortalecerme á mí misma. Nadie había comprendido mi sufrimiento, y creí que yo era el único ser que lloraba; ¡mas cuánto me engañé! Un día quise alejarme sin volver la vista atrás crucé mucha tierra, y penetré por un estrecho sendero que me condujo á un risueño valle. Lo primero que descubrieron mis ojos fué una hermosa muger recostada en el tronco de un desmayado sauce; blancos velos la envolvían, y su negra cabellera flotaba suelta á merced del céfiro halagador; una corona de jazmines circuía su ebúrnea frente, y con sus delicadas manos sostenía una dorada lira, que al sentirse herida por el aire, despedía un sonido doliente y quejumbroso: gayas flores bordaban la verde alfombra que le sirviera de lecho; y su divina mirada seguía el curso de un trasparente arroyo que á sus piés se deslizaba: tierna y diáfana como una flor acuática, parecía la melancólica imagen del senti-

miento puesta en un mundo de helado escepticismo. Los pasos de un hombre que hácia ella se acercaba, la distrajerón de su muda contemplación. El mas fiero dolor habia arado la frente de aquel hombre, y llevaba impresa en su fisonomía la marca de las pasiones. Aquel corazón roído huía de las ciudades para encontrar en el desierto la paz del alma que habia perdido en el gran mundo. Avido de sensaciones, habia buscado una nueva vida en la ambición, y la ambición le habia rechazado. Todo su ser exprimía amargura, y aunque jóven se veían asomar algunas canas por su negro y ensortijado cabello. Habia vivido en pocos años doble de lo que suma la existencia de un hombre. Fijó la vista en la hermosa muger que ante sus ojos tenia, y quedó asombrado: sus facciones, que poco antes revelaban el cansancio de su alma, se animaron como heridas por el reflejo de una purpúrea llama; sus labios murmuraron ininteligibles frases, y cayó de rodillas junto á ella: «¿Quién eres, le dije, que así haces revivir mi ser? ¿Por qué te encuentro en mi camino? Tú evocas en mí pasados recuerdos; y me haces soñar en una vida de delicias: siento que en mis venas cunde el fuego de los primeros años. Muger ó ángel, nada me importa tu origen; mi corazón se abrasa en un mar de lava hirviendo; yo te adoro como adora el creyente la religión de sus padres; como adora el día los rayos del sol; como adoran las aves la sonrisa de la aurora: entrégame tu corazón, y funde mi alma con la tuya.»

Una suprema inteligencia brilló en la frente de la vírgen del valle; y reveló su fisonomía que esperaba ya las palabras de aquel hombre. Le miró melancólicamente, y le contestó con armoniosa voz.

«Mi vida no es de este mundo; soy un espíritu que vuela por el espacio, y solo tomo formas reales cuando hay una desgracia que consolar; los infelices son mis hermanos, y tengo la misión de adormecer sus dolores con los sonidos de mi lira; les enseño á creer y á esperar; y les hago entrever en medio de sus desgracias las puertas del divino Eden; me he parado en mitad de tu camino porque eres desdichado, y te tiendo la mano de hermana: olvida á la muger, y no veas en mí mas que á tu ángel bueno. Vuélvete por el mismo camino, vé á la ciudad que has abandonado; y todos los días cuando se hunda el sol en occidente, y llegue la santa hora del crepúsculo, ven á este valle, que yo fortaleceré tu espíritu y te daré valor. Mas si un día no acudes, y me olvidas por ese mundo incitador y brillante, que tanta amargura te ha dado que apurar, te abandonaré para siempre.»

El jóven la escuchó absorto; aquellas palabras divinas filtraron hasta el fondo de su alma, y la luz de la verdad iluminó su abatida inteligencia. Los diques de su llanto se rompieron, y sus ojos, que por tanto tiempo habian permanecido secos, se inundaron de lágrimas. Aquel ser inmaterial le enseñaba á conocer

sus mezquinas pasiones, mandaba en su corazon, y le santificaba.

Con religioso silencio besó la orla de su velo, y se alejó de aquel lugar con el corazon lleno de esperanza y la mente henchida de ilusiones.

La vírgen misteriosa le vió partir con tristeza, y clavó sus negros ojos en el firmamento: entonces la ví confundirse entre las brumas de la noche.

Todos los dias á la hora del crepúsculo acudian al mismo lugar; el hombre gimiendo, el ángel consolando. Así fué trascurriendo el tiempo. Un dia el hombre no pareció; el hermano habia olvidado á la hermana. La ambicion otra vez le poseyó, sin recordar los desengaños que en el mundo habia recibido. Olvidó el cielo para pensar otra vez en la tierra.

Tres dias le esperó la hermosa vírgen; pero fué en vano. Lanzó un gemido profundo y lastimero, y oprimió con una mano su corazon palpitante. Con el flotante velo que le servia de nube enjugó las líquidas perlas que se deslizaban por sus megillas, y dirigió sus vacilantes pasos hácia la orilla de la mar cerúlea. ¡Tambien lloraba! ella que solo pisaba la tierra para sembrar el bien! Una ligera nave apareció en las salobres linfas, y entró en ella sin mas compañía que su dorada lira. Angel de consolacion, iba á llevar su mision divina á climas mas apartados. Dió la postrer mirada á la tierra que acababa de abandonar, murmurando con voz apagada: ¡adios!.... ¡Adios.... para siempre! Cubrió su faz con el blanco cendal, y se alejó á toda vela.

Con el corazon rebosando pena, la ví partir; y contemplé por largo rato la azul estela que dejaba en pos de sí la embarcacion que la arrebatava; y adivinando el dolor que debia aquejar su alma confundí mis lágrimas con las suyas; y solo entonces comprendí que la vida solo produce llanto para los buenos; dicha nunca.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

LOS BOSQUES.

por C. Muller.

II.

Los bosques y el agua.

¡Sin agua no hay vida! Desde el yerlo cristal hasta las mas recónditas profundidades de la vida de los pueblos, penetra ella, ayudada del calor, todo el universo, como alma de la naturaleza, anudando y desatando lazos. Mas no es la fuerza bruta del agua la que obra en la economía del mundo esta grande obra de civilizacion, sinó la refrenada y fielmente vigilada por guias y centinelas providenciales. Los bosques son quienes la dirigen y la moderan. Bien así como vimos oculta en ellos la balanza del equi-

librio entra la tierra y el océano atmosférico, así regulan y mantienen tambien la bella proporcion entre la tierra y el océano de las aguas.

El mar es el corazon de la tierra. Al modo que el corazon en nuestro propio cuerpo es el centro y origen de todo vivifico cambio de materia, por ser él quien impulsa la circulacion de la sangre, así mismo es el mar el foco de la gran circulacion de la vida planetaria. Allí late el pulso de la tierra y de sus habitantes. ¿Y qué es la tierra sino un organismo como el de nuestro cuerpo, con miles y miles de secretas relaciones recíprocas? El mar es el vaso del alma de la naturaleza; no en vano la adoraron los pueblos de la antigüedad; no en vano vivia para los Griegos en el mar Poseidon ó Neptuno; no en vano nació, en su culto conceptuoso de la naturaleza, la hermosa Afrodite de la espuma de las olas, ataviada por las gracias con el ceñidor de la pureza; no en vano fué él para los antiguos Germanos la serpiente de Meigard, esto es, el símbolo de la circulacion infinita refluyente en sí misma: lo que con ojos infantiles vieron ya hace siglos aquellos pueblos poéticos subsiste aun hoy dia. Ayudada del calor, dijimos, penetra el agua al mundo entero. Este alto cargo lo desempeña el sol. Con su calor, eleva, en forma de nubes, las ondas del Océano, y en el mar de aire forma un mar de vapores. Aquí empieza la grandiosa circulacion. En alas de los vientos, se transportan las nubes á remotas regiones, cual si las animara un eterno afan de movimiento. Remontándose hasta las cumbres de las montañas, buscan tramontar los mas elevados limetes de la tierra, no parando su desafortada carrera, sino allá donde risueñas arboledas y graciosas florecillas las están esperando para recibir las con los brazos abiertos. Este cuadro halagüeño se reproduce con una verdad admirable en la costa occidental de la América del Sur. Aquella prolongada comarca, llamada el desierto de Atacama, que, formando una estepa ardiente y tórrida, se estiende á lo largo de la costa chilena y de las Cordilleras hasta el Perú, linda con uno de los mas grandes mares del mundo, el Océano Pacífico. Cuanto mas abrasador es el sol que arde en su zenit, tanto mayor debe ser la cantidad de vapores con que se cargue la admósfera que sobre su superficie se dilata; y así sucede en efecto. Y con todo, no es para la costa de ningún beneficio. En vez de utilizarse de su propiedad, de las nubes de su mar, antes parece que las ahuyenta; pues apresuradamente se remontan hasta las cumbres de las Cordilleras, y corren á la parte oriental de los Andes á posarse sobre aquellos bosques gigantescos, cuyos árboles alimentan las fuentes de los rios mas caudalosos de la tierra: el Orinoco, el de los Amazonas, cuya grandeza contempla con asombro el viajero. El Océano Pacífico es el que principalmente los nutre para efectuar su maravillosa peregrinacion al Océano Atlántico por medio de las nubes, salvando los gigantescos picachos de las Cordilleras. Este hecho, á primera vista estraño, se aclara al punto con decir que la patria de aquellas nubes, las costas de Chile y del Perú, forma un desierto casi desnudo de árboles. No tiene, como la parte oriental, aquella red, de bosques vírgenes, cuyas copas obran como los mas fuertes puntos de atraccion sobre las nubes cargadas de lluvia sino que al contrario, sus peladas montañas revelaban los agostadores rayos del sol, que acaban de ahuyen-

AL RIFF NOS VAMOS.



¡ Que hermosas son las rifeñas!...



El recuerdo de su amada y el movimiento del buque lo tienen trastornado.

tar aun mas las nubes que allí se engendran. Así es coma estas, favorecidas por aquellos vientos regulares de los trópicos, llegan, sin obstáculo que las obligue á detenerse, á las últimas cimas de las Cordilleras de los Andes, y las trasponen, para no condenarse sinó mas allá, en las vertientes opuestas, donde encuentran una atmósfera mas fria, y donde, atraídas por los bosques, se desgajan sobre estos en copiosas lluvias.

De ahí procede principalmente la infinita plenitud de la parte atlántica; de ahí, y solo de ahí la miseria y desnudez de la costa del Océano Pacífico. Lo propio que allí, sucede en todas partes. Siempre son los bosques los amigos de las nubes, siempre llaman sobre la tierra á la lluvia fecundante. La capa de aire mas fria que la cubre y los rodea por todas partes, procedente de la evaporacion incesante del agua por la exhalacion de los hojas, produce el efecto del vaso refrigerante, donde, al pasar, se condensan las nubes, mientras que su madre, la mar, al darles el ser, hizo el oficio de generador del grandioso alambique. No debe admirarnos pues que, bajo tan contrapuestas condiciones, les hayan cabido á dos países tan vecinos grados tan diversos de cultura. El desierto de Atacama á duras penas da con que construir la choza mas miserable; así son de ligeras sus barracas, que al primer chaparron viniéranse al suelo. Lo que, en otras circunstancias, sería para los habitantes una fuente de ventura, lo es ahora de maldicion. No es aquel país una patria para las ciencias ni las artes, y por consiguiente, tampoco para la civilizacion. Aquellas reclaman moradas estables, templos sólidos para sentar sobre firmes cimientos un imperio duradero.

A decir verdad, este es uno de los ejemplos mas estremados. Otros países hay en zonas mas templadas en que la lluvia favorece tambien áridas y desnudas sierras. ¿Pero de qué les aprovecha? Donde la verde alfombra de los céspedes no se estiende sobre las rápidas vertientes de las montañas, obra una lluvia comun como un desdicho aguacero. A su impetuosidad no puede oponer larga resistencia la tierra vegetal, suelta y sin aguante, y es arrollada y arrastrada al fondo de los valles. Como torrentes, abajo se despeñan, cabando profundas quebradas á lo largo de sus flancos, llevando en sus olas la tierra mas fina, y tras esta, la arena gruesa y los cantos. Llega al valle la lluvia, benéfica para otras tierras, y en su seno lleva el estrago. Todo lo inundan el cieno y la arena; sus dehesas quedan convertidas en arenales, ningun poder humano podrá jamás restituirlas á su antiguo ser. Estos hechos los confirma el desolado cuadro de los Alpes de la Provenza: admonicion viva y terrible para el hombre desatentado que levanta contra sus bosques una mano sacrilega. «Estas sierras, dice Blanqui, han sido convertidas por el desmonte en espantosos yermos. Comarcas hay, donde no se descubre ni una mata, donde los miserables habitantes no pueden cocer el pan, á no ser con boñiga secada al sol. Hasta llega á haber parages en que se amasa el pan de una vez para todo el año, poniéndose luego tan duro, que es menester el hacha para quebrantarlo.»

(Se continuará.)

JUAN FONT Y GUITART.

¡Al Riff nos vamos!

— Mitiga tu dolor, calma tu pena;
No llores niña mia, vuelve en ti:

¡Ay! deja que con frente mas serena
Se llegue este soldado al Marroquí.

Estrecha solo con amor la mano

Que ha llegado el fusil á encallecer;

Estréchala, eso si, que al africano

Verás cuan pronto llegará á vencer.

Ni uno solo quedará con vida;

Porque el buen español que en lucha está

Por su patria, su reina, ó su querida

Es rayo destructor por donde va.

De España acatarán el poderío

Esos perros sin Dios y sin honor;

¡Ay! cálmate, no quieras, no, bien mio,

Que embote á mi pujanza tu dolor.

—Ja no ploro, Martin, no, ja no ploro,

Ton coratge me dona animació:

La Espanya ha de ser digna, y contra l' Moro

Es just se tire lo furios lleó.

No será la valenta catalana

Que s' opose á la gloria y al perill,

Pus si es mare, y la patria li demana,

Al combat acompaña ella al seu fill.

Ja sé que tindrás cor en tal jornada,

Perqué l' bon espanyol y militar,

Per sa patria, sa reina y sa estimada

Lo ferro en lo combat fa espurnejar.

Mes si m' guardas amor, que es com se deu,

Y un petit raconet en lo teu cor,

¡Ay! marxa, sí, no tingas por, fill meu,

Que t' fassa acobardir lo meu dolor.

—Así te quiero!... ¡Guerra á esos malditos!...

Ya cuando vuelva lo verás, mi bien,

Que de moras y moros y moritos

Te tengo de llenar un almacén.

En tanto esta sortija ten, gachona:

Como un recuerdo la podrás guardar;

En ella encontrarás á mi Patrona

Que es la Virgen sagrada del Pilar.

—Gracias, gracias, Martin, tan rica joya

Per la imatge y per t' ú la guardaré,

Y en cambi te daré la teva noya

Altra memoria per guardar també.

Conserva aqueix cordó; si en la batalla

Te falta l' esperit del fort soldat,

Bezarás de tot cor eixa medalla

De la Verge de nostre Montserrat.

—De España acataran el poderío

Esos perros sin Dios y sin honor:

La gloria alcanzaré, pues tú, bien mio,

Aumentas mi pujanza con tu amor.

—Ja sé que tindrás cor en tal jornada

Perqué l' bon espanyol y militar,

Per sa patria, sa reina, y sa estimada,

Lo ferro en lo combat fa espurnejar.

—Tu medalla tendré siempre en mi seno.

—Y l' anell ja no l' trech may més del dit.

—Con ella hácia el combate iré sereno.

—Ab éll mentres no vens tindré esperit.

—Se atraca ya el lanchon... —Vesten', fill meu...

—No me olvides, mi bien... —¿Serás ingrát?...

—No lo temas. —Escriume. —¡A Dios!... —¡A Déu!...

—La Virgen del Pilar!... —¡De Montserrat!...

J. A. FERRER FERNANDEZ.

EL VESTIDICO BLANCO

CAPRICHOS LITERARIOS.

I.

Una vez tan solo en mi vida he suspirado por ser mujer.

Y fué el día que te ví con tu vestido blanco.

Si yo fuera mujer, no abandonaría nunca ese traje.

Y tendría los ojos azules, que son entre todos los que mas me encantan.

Y adornaría mis rubias trenzas con rojos claveles.

Y todos me adorarían.

Y el céfiro volador murmuraría á mi oído ecos dulces como el perfume de las flores.

Y tendría siempre quince años, que es la edad mas bella de la vida, y una vaga sonrisa brillaría en mis labios, y manarían de mi boca frases encantadoras de májico sonido.

¡Oh!... cuán hermosa estabas ayer,—alma de mi alma— con tu sencillísimo vestido blanco.

Tal vez en mi delirio te tomé por una hada misteriosa creada por mi loca fantasía.

II.

Las flores que aquella noche adornaban tu dorada cabellera no tienen precio, por que hacían resaltar mas tu belleza, y tu belleza, paloma mía, no tiene precio.

Y estasiado te contemplaba.

Y al oír esclamar á los jóvenes en torno de mí:—
¡Cuán linda es!.. — latía intranquilo mi corazón.

Y las mujeres ora murmuraban en voz baja, ora te miraban fijamente cual si temieran tener que doblégar la altiva cerviz al reconocer como á reina á la belleza.

Y quizás asomó una lágrima á sus párpados por que no poseían un vestido como el tuyo.

¡Si ellas comprendieran la sencilla coquetería de tu vestido blanco, la májica portentosa de tus rojos claveles y el irresistible encanto de tus rubias guedejas!..

¡Oh!... no lo saben comprender.

Quizás por eso no se lo ponen.

Además: hacen bien, porque para llevar tu vestidico blanco es necesario ser muy hermosa.

Y tener ojos azules, rojos claveles y rubios cabellos.

Una mujer fea con tu vestido blanco, sería una furia del averno.

Y las feas, como ha dicho un poeta, no son mujeres.

Y, por consiguiente, no pueden usar nunca lo que ayuda á que resalte la belleza.

III.

El rostro es el espejo del alma.

Un ropaje blanco es símbolo de pureza.

Las feas han llegado á fuerza de desengaños, á envenenar sus almas de tal suerte, que solo anhelan cual supremo bien devolver al mundo el mal que el mundo les hizo.

Y entonces, solo entonces, sus rostros son la imagen de sus almas.

He ahí la razón por que las feas jamás se adornan con su vestido blanco.

¡Oh!.. si se lo pusieran sus faltas resaltarían notablemente.

IV.

Una vez te ví, luz de mis ojos, con tu egregio vestido negro.

Si fueras menos linda me gustarías mas con él; pero ahora no necesitas de esos adornos.

Tu belleza resalta mas con tu vestido blanco.

Y como has nacido tan hermosa no debes despojarte jamás de él, y luego; como el vestido blanco es tu mas lindo adorno y tu eres la mas linda de las mujeres, me enamoras con él cien veces mas que con el negro.

Resulta de lo dicho, que solo las mujeres hermosas, y tu sobre todas, pueden adornarse con un vestido blanco.

A las feas les aconsejo que no.

TEODORO DE MENA.

Epigramas.

A mi amor, no sé de que,

Le habla un jóven al oído,

Mientras leo entretenido

La CORONA ó el CAFÉ.

Y mi mujer que es prudente

Y en estas cosas muy ducha,

Jamás al jóven escucha

Cuando me toco la frente.

Es mi muger un tesoro

Y joya de gran estima;

Tanto me quiere y me mima

Que estoy que parezco un toro.

Y lo mejor de mi amada

Es que se limpia, y se peina,

Se visté como una reina

Y á mi no me pide nada.

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

UNA MALDICION.

IV.

(VÉANSE LOS CUATRO NÚMEROS ANTERIORES.)

Solo en su gabinete estaba el general ya encanecido, y dos años bastaron para que llegasen á surcar profundas arrugas su hermoso rostro. Ya no era aquel bizarro soldado de la república y del imperio, de aire franco y de graciosa sonrisa: era un anciano que gemía bajo el peso de una enfermedad moral: era un padre que lloraba á su hija.

Su casa habia mudado de aspecto; ya no presentaba aquel estudiado régimen y aquellos adornos con que la hermozeaban los cuidados de la graciosa Ondina: el jardín estaba cultivado; pero las flores que eran el objeto del cariño de la pobre niña, estaban descuidadas y mástias como la suerte de su ama. Todo se habia cubierto de luto, todo estaba triste y silencioso; la tempestad del dolor lo habia desvastado todo.

Ningun ruido se oía en el pequeño gabinete del general, en

otro tiempo tan alegre y risueño. Sus joviales amigos habian desaparecido al ver que la tristeza iba aumentando las arrugas de aquel desgraciado padre, y solo dos ó tres de sus antiguos compañeros de armas venian á verle con lejanos intervalos. A escepcion de estas pocas visitas, nada turbaba la fúnebre soledad del general. Se hallaba, pues, solo, sentado delante de su escritorio, cuando una de aquellas dolorosas casualidades que aumentan los pesares de los que han llegado al colmo de la desgracia, hizo caer en sus manos un periódico inglés de dos meses de fecha, y en él leyó con sorpresa y terror el período siguiente: «Un francés llamado Victor Cersy ha sido condenado á la deportacion á Bahía Botánica, y ayer salió para su destino: deja á su muger y un niño en el mas completo abandono.»

Paróse el general; un sudor frio cubrió su frente y exclamó: Desventurada!... Dios mio!... Demasiado ha escuchado mi ciega cólera!... Hija mia!... Pobre hija mia!...

En esto se presenta á la puerta del gabinete una muger con un niño en los brazos tan pálida y desfigurada que hubiera sido imposible conocerla.

Arrodillóse en la puerta y dijo: padre mio ya que maldigisteis á la madre, maldecid tambien al hijo que no tiene ya otro apoyo que el vuestro en este mundo.

—Hija mia!... mi hija! exclamó el general arrojándose hacia ella: no, no de rodillas, sino en mis brazos. Demasiado has padecido.

—Ah padre mio! Me perdonais? Os doy las gracias por mi hijo.

—Tu hijo ya lo es mio; y con los ojos bañados en lágrimas le tomé de los brazos de la madre y lo colmé de besos.

—Padre mio! Una cama para mi hijo. Hace mas de dos meses que no la ha tenido!

Llamó el general y entregó el niño á una criada de confianza y volviendo luego cerca de donde estaba su hija se dejó caer en un sillón prosiguiendo:

—Y tu como has venido?... Ya lo sé todo... hace solamente un instante... ¿por qué no me llamaste para socorrerte?

—No me atreví.

—Pero este viage como le has hecho?

—A pié desde Calais... y mendigando por el camino.

—Ay desgraciada! He sido demasiado severo contigo!

—No lloreis padre mio! Todo se ha olvidado... Ahora moriré en paz.

—Morir!... Tú! Hija mia! Cuando yo te encuentre, morir!

—Miradme, pues; padre mio! dijo Ondina con una espresion dolorosa de sentimiento... Miradme!

En efecto, su físico casi destruido por el cansancio se iba aniquilando por momentos; sus manos trémulas parecian las de un esqueleto, sus megillas estaban encendidas, al paso que un circulo azulado cerraba sus ojos que por la flaqueza del cuerpo parecian mas grandes; sin embargo sus miradas eran vivas y penetrantes como si toda su alma se hubiese reunido en sus ojos. Quiso levantarse, pero acometida de un temblor nervioso no pudo.—¡Mi hijo! dijo como espantada; ¡yo quiero ver á mi hijo...!

Cuando le trajeron le recibió estrechándole convulsivamente contra su seno, y exclamó con voz casi apagada.— ¡Morir...! Dejarle de esta manera... morir tan joven...! ¡Dios mio...! ¡yo me ahogo...! ¡padre mio! ¡yo ya no os veo! ¡Tomad este niño...! no puedo ya sostenerle... padre mio... ¡Dadme vuestra bendicion...!

El general no podia hablar; entregado á una horrible angustia se acercó á su hija y la estrechó en sus brazos, sosteniendo su cabeza en su pecho.

—¿Le quereis mucho á mi pobre Enrique? continuó Ondina con voz cada vez mas débil. ¿Le amareis mucho, su-

puesto que me habeis perdonado...? No le hablareis, no, de las faltas de su madre... ¡Dios mio! El tambien maldeciria mi memoria... Yo quisiera vivir todavia para él... ¡Ay! Dios no lo quiere... ¡Ay! ¡perdon! ¡perdon!

Su cabeza cayó hácia atrás. El general dió un grito terrible... ya habia espirado su hija.—X

CRÓNICA GENERAL.

A QUIEN CORRESPONDA.

Todos los dias vemos en los periódicos el sin número de calles que se abren en París y otras capitales de Francia. Los viajeros admiran sus rectas y espaciosas vias públicas y no observan tantos callejones angostos ó por mejor decir este confuso laberinto de que se componen la mayor parte de las ciudades de España. Lo principal de todo, y que á primera vista parece imposible, es que los ayuntamientos de Francia acostumbran ganar abriendo calles en sus poblaciones, cuando vemos que aquí ocasionan gastos enormes. Esto se esplica en la diferencia de nuestras leyes y de las del vecino imperio. Segun las leyes de España cuando quiere abrirse una calle el Ayuntamiento solo debe comprar el terreno necesario para ella é indemnizar á los propietarios todos los daños y perjuicios que les causare. En Francia cuando se trata de hacer una nueva via pública no solo se compra el terreno necesario para esta, sino que á su derecha é izquierda cómprase tambien el suficiente para poder construir casas, el cual vendiéndose á un precio sumamente ventajoso por la situacion que obtendrá, recompensa los gastos que ocasiona la calle.

Si comparamos detenidamente esta diferencia de leyes quizás pensaremos que la segunda es mas justa que la primera, pues basta esta ligera observacion para llegar en conocimiento de la verdad. El que está contento con su propiedad y tiene la desgracia de que una calle nueva pase por esta, aunque le indemnizen su valor, ¿es justo que su vecino se aproveche de la buena situacion que van á adquirir en terrenos porque están lindando con la via pública? ¿Acaso el que se sacrificó en provecho público debe proporcionar á otros pingües resultados?

Las reducidas dimensiones de este Semanario y nuestra humilde pluma incapaz de soportar graves dicusiones, nos privan de estendernos mas sobre este punto. Solo ha sido nuestro objeto tocarlo ligeramente por lo interesante que es ahora que se trata del ensanche de esta Ciudad.

N. M. F. Y D.

Volvernos á ocuparnos de la ABEJA científica y literaria con aquella satisfaccion que se experimenta cuando se trata de enaltecer, cual se merece, un pensamiento noble.

En el número último de la citada publicacion, que ha aparecido orlada de luto en su mayor parte, hemos admirado el retrato del célebre aleman Alejandro de Humboldt, primorosamente litografiado por el jóven y distinguido artista señor Planas, y continuado por una estensa y curiosísima reseña biográfica, abundante en preciosos datos, obra de nuestro digno amigo é ilustrado colaborador D. Juan Font y Guitart.

Cuando se trata de ofrecer un justo tributo de admiracion y respeto á la sublimidad del talento, aplaudimos siempre con toda nuestra alma al que cumple con tan sagrado deber que la cultura exige; por eso levantamos nuestra humilde voz para dar el mas sincero parabien á nuestro apreciable colega, seguros que á la nuestra se unirá la de todo amante de las bellas letras.

Nos place. El jueves quedó firmada la escritura en la cual el Real Patrimonio cede á don Rafael Deás del comercio de esta plaza, el andén del puerto con los almacenes del mismo.

El Sr. Deás va á construir en dicho andén vastos y espaciosos tinglados para almacenar mercaderías y según el plano que se ha presentado al Excmo. Ayuntamiento, creemos que será una obra que honrará á Barcelona. Largo tiempo había que el comercio reclamaba esta mejora pues ahora se ve obligado á encerrar sus géneros en mezquinos y húmedos almacenes, en los cuales muchas veces se deterioran ó lo que es peor el haberlos de dejar en el muelle, en donde ocasionan muchos gastos y están espuestos de continuo á las afecciones de la atmósfera. Algunas veces la prensa ya había indicado la imperiosa necesidad de hacer grandes almacenes, habiéndose formado muchos proyectos sin resultado, hasta que por fin el Sr. Deás ha conseguido el objeto que se propuso.

Esperamos que el plano presentado por el señor Deás será de la aprobación de nuestro Excmo. Ayuntamiento y que procurará despacharlo cuanto antes para que pueda empezarse la construcción de las obras.

Los Zuavos.—Hemos tenido ocasión de aplaudir en el jardín del Teatro de la Zarzuela al baile nuevo que bajo el título con que encabezamos, ha compuesto el reputado maestro señor Alsina.

Los aficionados á la danza lo recibieron con entusiasmo y aplaudieron también á las lindas *Zuavas* que tomaron parte; en dicho baile: no dudamos que en las próximas veladas de invierno será el favorito de las reuniones y que no dejará de sorprender si, como se tiene proyectado, se baila en el carnaval por numerosas parejas vistiendo el propio y elegante traje que se requiere.

Felicitemos al señor Alsina por ofrecer novedades en los bailes de sociedad sin recurrir al extranjero.

Hallazgo.—No hace mucho tiempo que haciéndose unas escavaciones en Mayence, encontrase un fragmento de la primera prensa que construyó Guttemberg para imprimir. En él conociase aun las iniciales del célebre inventor y el año 1441 en cifras romanas.

MISCELÁNEA.

Crónica caliente.

De un periódico extranjero tomamos el siguiente cuadro cronológico de los veranos que ha habido mas calurosos desde el séptimo siglo.

- En 638, todos los manantiales se agotaron.
- En 879, los trabajadores de Worms caían por los campos asfixiados por el calor.
- En 995, los trigos y demas frutos se abrazaron.
- En 1000, se secaron todos los rios y manantiales de Francia; los peces se pudrieron y ocasionaron la peste.
- En 1022, los hombres y los animales morían por el excesivo calor.
- En 1152, la tierra se agrietó, desaparecieron las fuentes y los rios, y se secó el Rhin en la Alsacia.
- En 1159, se abrasó todo en Italia.
- En 1174, grandes calores en Alemania.
- En 1260, los soldados caían muertos en la batalla de Bela, abrazados por los rayos del sol.

En 1276 y 77, no hubo pasto para los animales á causa de los grandes calores.

En 1305 y 4, el Loire, el Rhin, el Sena y el Danubio se secaron.

En 1593 y 1474, la tierra se puso como quemada, y el Danubio se secó en Hungría.

En 1538 á 1541, hubo unos calores insoportables.

En 1556, agotaronse también los manantiales.

En 1615 y 16, sequedad en toda la Europa.

En 1646, calor extremo.

En 1652, gran sequedad en Escocia la mayor que se haya conocido.

En 1698, calores notables.

Los tres primeros años del siglo 17 también fueron muy calurosos.

En 1718, se cerraron los teatros en París, como á medida higiénica. Durante cinco meses no llovió ni una gota siquiera; el termómetro marcaba 36 grados; los prados se abrazaron completamente y los árboles frutales florecieron muchas veces.

En 1725, gran calor y sequedad.

En 1735 á 45 y 1746, 48, 54, 60, 67, 78, 79, y 1788, grandes calores.

En 1751 y 55, el termómetro marcó 37 y 58 grados centígrados.

En 1802, se sintió en París el mas grande calor que se ha experimentado desde el descubrimiento del termómetro.

En 1811, mucho calor.

En 1818, calores excesivos.

En 1836, calor insoportable en París particularmente en los días 27, 28 y 29 de Julio.

En 1835, estío muy caloroso.

En 1846, se experimentaba en París 56 grados de calor á la sombra, y cerca de 50 al sol.

No es cuento. Sacaron en una mesa unos melocotones de los que vulgarmente se llaman *gabachos* y un convidado para hablar con mas propiedad dijo: — Estos melocotones son franceses, á lo que reparó el criado. — No, señor, que son bien españoles, son de *Molinos de Rey*.

Charada.

Es un rio mi primera
Que muy lejos no hallarás
Y entre los santos verás
Mi segunda y mi tercera.
El todo lo has de encontrar
Entre la segunda y cuarta
Pues de allí jamás se aparta
Porque no puede marchar.

NILO.

Solucion á la del número anterior.

LO—CO—MO—TO—RA.

Por lo no firmado, NILO MARÍA FABRA, Secretario.

DIRECTOR, J. A. FERRER FERNANDEZ.—E. R. ANTONIO FLOTATS.

Barcelona, 1859. — Imp. de la Publicidad, de Antonio Flotats, bajada de la Cárcel, n. 6.